El principal valor de las efemérides está en que permiten estimular la curiosidad respecto de nuestro pasado, la discusión acerca de nuestro presente y las imaginaciones sobre nuestro futuro.

En este libro, destacados autores desarrollan textos de ficción que remiten a algunas de las más importantes fechas recordatorias de nuestro país.

Sergio Olguín recuerda la infancia del general José de San Martín; Liliana Cinetto retrata a las maestras que llegaron desde los Estados Unidos contratadas por Sarmiento; Graciela Bialet nos invita a un debate entre estudiantes que conmemoran la lucha por el boleto estudiantil; Oche Califa nos devela el Diario de Cristóbal Colón en una original versión en verso; conoceremos, de la mano de Paula Bombara, a dos muy jóvenes combatientes de la Vuelta de Obligado y, al final, Franco Vaccarini nos acerca a la lucha de Nelson Mandela por un mundo más igualitario.

Cada uno de estos textos de ficción se inspira en un documento histórico y remite a una de las efemérides que se recuerdan en la segunda parte del año. En el tomo anterior, abordamos las que se conmemoran durante la primera mitad. La selección de las fuentes históricas y el cuidado de los textos estuvieron a cargo del investigador y profesor de Historia Federico Lorenz.

Norma
www.kapelusznorma.com.ar

CC 29012610
ISBN 978-987-545-703-4

NARRATIVA HISTÓRICA

SERGIO OLGUÍN • LILIANA CINETTO
GRACIELA BIALET • OCHE CALIFA
PAULA BOMBARA • FRANCO VACCARINI

La historia se hace ficción II

Para pensar las efemérides en el aula

Norma

La historia se hace ficción II

Verónica E. Ghisolfi
Profesora de Educación
Primaria

La historia se hace ficción II

Sergio Olguín
Liliana Cinetto
Graciela Bialet
Oche Califa
Paula Bombara
Franco Vaccarini

Selección de fuentes históricas y lectura crítica
a cargo del profesor Federico Lorenz

Norma

www.kapelusznorma.com.ar

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala, Lima, México,
Panamá, Quito, San José, San Juan, Santiago de Chile

La historia se hace ficción II / Sergio Olguín ... [et al.]. - 1ª ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2016.
104 p. ; 19 x 13 cm.

ISBN 978-987-545-703-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Olguín, Sergio
CDD 863.9282

© Sergio Olguín, Liliana Cinetto, Graciela Bialet, Oche Califa, Paula Bombara, Franco Vaccarini, 2016
© Editorial Norma, 2016
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la editorial.

Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

Primera edición: junio de 2016

Edición: Laura Leibiker
Coordinación: Virginia Ruano
Diagramación: Romina Rovera
Diseño de tapa: Valeria Bisutti
Corrección: Roxana Cortázar
Documentación gráfica: Estefanía Jiménez
Selección de fuentes históricas y lectura crítica: Federico Lorenz
Agradecemos a Paula Bombara por la sugerencia del uso de documentos históricos.

CC 29012610
ISBN 978-987-545-703-4

Índice

Prólogo: *Historias que se marcan en el calendario*
FEDERICO LORENZ 7

I. 17 de agosto de 1850:
José y la chica rebelde
SERGIO OLGUÍN 11

II. 11 de septiembre de 1888:
Las golondrinas
LILIANA CINETTO 33

III. 16 de septiembre de 1976
Grillos, lápices y primaveras
GRACIELA BIALET 45

IV. 12 de octubre de 1492
Diario de octubre
OCHE CALIFA 61

V. 20 de noviembre de 1845:
Volver de Obligado
PAULA BOMBARA 69

VI. 10 de diciembre de 1948:
El color de las lágrimas
FRANCO VACCARINI 83
Biografías de los autores 99

Historias que se marcan en el calendario

FEDERICO LORENZ

DESDE TIEMPOS antiguos, diferentes pueblos y culturas ataron su pasado a fechas determinadas que debían ser recordadas. Las comunidades se construyeron en torno a festividades religiosas y a ciertos aniversarios que marcaban los ritmos del año, de la vida de las personas y de las generaciones. Con la formación de los Estados modernos, sobre todo desde el siglo XIX, las efemérides escolares (nacionales y provinciales) organizaron la manera en la que los niños comienzan a incorporar el pasado a sus vidas. Se trata de fechas significativas para un país y para sus habitantes. Se volvieron importantes por distintos caminos: por decisiones políticas, por la lucha de

diversos colectivos sociales, por el peso de las tradiciones transformadas en leyes.

Las efemérides son fechas convencionales: se trata de momentos que elegimos recordar porque les asignamos un significado especial. Pero este no es ni estático ni eterno, porque las miradas sobre el pasado cambian como cambian las sociedades. Sin embargo, muchas fechas permanecen en las memorias colectivas con tanta fuerza que llegamos a creer que allí estuvieron siempre. Si hablamos de "memorias colectivas" es porque no hay una mirada única sobre el pasado: las formas en las que lo contamos y recordamos varían con el tiempo, las investigaciones y la curiosidad o el interés de las personas. Como resultado, se consolidan ciertas ideas: por ejemplo, que "la patria nació tal día", que determinado personaje fue "el mejor de todos", que a partir de un suceso particular "dijimos nunca más".

Este libro nace del reconocimiento del peso que las efemérides tienen en la escuela. Está alimentado por la idea de que la narración es una herramienta fundamental para relacionarnos con el pasado. Reúne seis historias ficticias, pero que podrían haber ocurrido. Porque transcurren en momentos de importancia histórica y porque algunos de sus protagonistas, así

como los hechos que narran, existieron. La historia y la ficción se unen para ofrecernos otra posibilidad de acercarnos al pasado. Los autores exploraron temas de nuestra historia que constituyen efemérides. Leyeron crónicas, documentos y otras fuentes históricas; buscaron imágenes antiguas y se inspiraron en lo que otros habían escrito. Reconstruyeron un tiempo histórico, les dieron vida a personajes imaginarios y colocaron a otros, reales (y seguramente más conocidos, porque están en los billetes, en los monumentos de las plazas, o son nombres de calles), en situaciones que imaginaron.

El verdadero valor de las efemérides está en que permiten estimular la curiosidad acerca de nuestro pasado, la discusión sobre nuestro presente y las imaginaciones sobre nuestro futuro.

La historia se hace ficción está organizado en dos tomos; cada uno se compone de seis relatos sobre las efemérides más importantes que acontecen en el transcurso del año escolar. Los personajes y sucesos que evocan algunas de ellas sucedieron hace mucho tiempo; pero otros, hace muy poco, y sus protagonistas aún viven entre nosotros.

Esa convivencia da idea, también, del paso del tiempo. Las fechas que para las generaciones pasadas

fueron "fundacionales" suman otras más recientes. El objetivo de estos relatos es que, alrededor de situaciones que "podrían haber sucedido" o que son "como si hubieran sucedido", reflexionemos sobre nuestra historia, sí, pero también sobre nuestra realidad.

Como nos parecemos a lo que elegimos recordar, estos libros son una puerta para explorar el pasado y pensar al respecto de la mano de historias de gente común que en algún momento tuvo que hacer cosas extraordinarias.

I. 17 de agosto
Paso a la inmortalidad del general José de San Martín

La familia de San Martín en Cádiz
(fragmento)

Asomado a la borda de la fragata, José Francisco, el más pequeño de la familia, contempla las imponentes murallas, sin saber que en esta ciudad pasará casi dos lustros de su vida, con una influencia decisiva en su carácter, en su formación y en su pensamiento, lo que lo llevará a adoptar en esta ciudad la decisión más importante de su existencia. Ante la vista del pequeño José Francisco se alzan los baluartes de los Negros, de San Antonio y de San Carlos, erizados de cañones en sus troneras. Frente a él se abren las Puertas de la Mar y de Sevilla. Al fondo de este gran lienzo se divisan las torres de Santo Domingo, del Cabildo y la de señales, llamada de Tavira.

Por José Pettenghi. Fuente: Instituto Nacional Sanmartiniano: www.sanmartiniano.gov.ar/documentos/documento008.php

José y la chica rebelde

Sergio Olguín

Nota: El autor eligió usar el pronombre personal "vos" en lugar del "tú" con el que se expresaban los hablantes del español a fines del siglo XVIII. Pide que se lo disculpe por el anacronismo.

I

Le gustaba el mar por sobre todas las cosas. José Francisco de San Martín y Matorras había nacido cerca de un río del que no tenía casi recuerdos. En cambio, el Río de la Plata siempre le había parecido un mar. Por eso se alegró cuando su familia decidió cruzar el océano Atlántico para viajar a España. En esas semanas de viaje a bordo de la fragata *Santa Balbina*, sintió que el mar era lo más maravilloso que alguien podía conocer.

Es cierto, tenía siete años y no entendía mucho de la vida, pero ya sabía que le encantaba el mar. Era como andar en un caballo, en muchos caballos a la vez, algunos más mansos como el bayo ruano que montaba en

su casa de infancia; otros más peligrosos y corcoveantes como el gateado en el que andaba su padre.

Por eso también le gustaba haberse mudado a Málaga, una ciudad frente al mar. No veía la hora de volver a subirse a un barco y navegar. Pasaron seis años para que José volviera a embarcarse. A los trece años, convertido en un joven cadete de la escuela militar española, partió hacia el norte de África, del otro lado del Mediterráneo.

Pero José no iba de vacaciones, ni tampoco con su familia. Acompañado de otros soldados y oficiales partía a defender las colonias que España poseía en territorio africano. Después de muchas idas y vueltas, José y sus compañeros se instalaron en Orán, un pequeño enclave fortificado que apenas contaba con una ciudadela, un mercado y una iglesia cristiana, además de unas pocas casas y algún que otro palacio. Orán estaba siendo asediada por las tropas musulmanas del Imperio Otomano y por los piratas provenientes de otros puertos del norte africano.

Orán era pequeña. Si José caminaba hacia el norte, tenía el mar en toda su belleza. Si en cambio se dirigía hacia cualquier otro lado, fuera de la fortificación, solo estaba el desierto, no menos bello y cautivante que el mar.

II

Su madre había quedado en Málaga pero José la recordaba y la extrañaba. En pocos días sería su cumpleaños y él estaría lejos de ella. Decidió que a pesar de que no se reuniría con ella en mucho tiempo debía comprarle un regalo. Había visto en los puestos del mercado de la ciudad unas alfombras muy bellas traídas de Oriente. A su madre le gustaría algo tan exótico.

Como no sabía cuánto podía costar una pequeña alfombra, cargó en su alforja todos sus ahorros. La paga como cadete no era muy buena, pero no había gastado nada desde la llegada a Orán.

Tal vez debió ir más temprano y no cuando caía la tarde. José no conocía muy bien las estrechas calles del barrio moro donde los españoles no solían aventurarse a solas. Después de dar varias vueltas por pasadizos que no llegaban a ser ni callejuelas, descubrió que estaba perdido. Debía buscar la alcazaba y retomar su camino hacia el mercado. En uno de esos pasadizos donde no cabían más de dos personas, había cuatro hombres que despertaron su desconfianza. Podría haberse detenido, dado media vuelta y emprendido el regreso, pero no le pareció digno mostrarse con miedo así que siguió avanzando. Un grave error.

Cuando pasó ante ellos vio que eran unos jóvenes mayores que él, con aspecto de pocos amigos. No había terminado de cruzarlos cuando uno lo empujó. José trastabilló y fue a dar al piso. Pero no buscaban solo molestarlo, querían robarle la alforja en la que tenía todas sus monedas.

José lamentó no llevar su uniforme, que imponía respeto, ni su espadín, pero no estaba dispuesto a hacérselas fácil y desde el piso empezó a repartir patadas hacia todos lados; apenas pudo se puso de pie. No duró mucho en esa posición porque una andanada de golpes proveniente de cuatro lados distintos cayó sobre él. De nuevo en el suelo polvoriento, solo atinó a defenderse mientras se aferraba a la bolsa. Los maleantes hablaban el idioma de los locales y José no entendió nada salvo que querían su pequeña fortuna.

Cuando ya se resignaba a entregar las monedas, apareció alguien que se interpuso. Primero se ubicó delante de José para que dejara de recibir los golpes y después empezó a repartirlos hacia los ladrones.

El desconocido tenía la agilidad de un gato y la ferocidad de un león. Mientras daba golpes a diestra y siniestra, ayudó a José para que se pusiera de pie, y espalda contra espalda se sacaran de encima a los maleantes que huyeron cada uno por su lado.

—Gracias, amigo, me salvaste la vida —le dijo al desconocido, que vestía a la usanza mora, tenía el rostro sucio de tizne y usaba una capucha holgada que le cubría parte de la cara. Era menos alto que José, y viéndolo parado ahí, tan flacucho y desgarbado, costaba imaginar que era el mismo que había peleado unos momentos antes a su lado.

El desconocido esquivó la mirada agradecida de José y salió corriendo. Cuando este reaccionó, estaba solo y sin entender bien lo que había sucedido. ¿Por qué había huido su salvador?

III

Los días pasaron sin que José pudiera olvidar el episodio ocurrido en las estrechas calles del barrio mudéjar. Una tarde libre, varios jóvenes fusileros como él salieron a recorrer la plaza que daba a la iglesia. Llevaban sus uniformes lustrosos que hacían que la gente los mirase con admiración, o al menos, con respeto.

De pronto, en medio de la multitud, José vio una figura que le pareció conocida: era su salvador, el muchacho que había surgido de la nada para espantar a los maleantes. Su ángel guardián se movía sigiloso entre la gente. En un momento, sus miradas se

cruzaron. José se alejó de sus compañeros para ir hacia él, pero el muchacho dio media vuelta y se marchó.

Quería darle a su salvador el agradecimiento que merecía y pedirle que aclarara el misterio de su huida: no estaba dispuesto a perderlo otra vez. El muchacho era rápido para escurrirse entre la gente, pero él también era veloz como una gacela.

Se internaron nuevamente en las pequeñas calles del barrio más viejo. Esquivaban a ancianos, saltaban sobre niños que se entretenían sentados en el piso, empujaban a algún vendedor ambulante que los insultaba, y así estuvieron jugando al gato y al ratón hasta que el muchacho se cansó y frenó. José no se había dado cuenta, pero la ciudad se había terminado y estaban frente al mar.

—Pará, pará, no corras —le dijo José casi sin aliento—. Solo quería darte las gracias por ayudarme el otro día.

El desconocido no dijo nada. Movió la cabeza afirmativamente y retrocedió un par de pasos. ¿Quería volver a huir?

—Por favor, no corras de nuevo. ¿Cómo te llamás?

El muchacho miró hacia el mar como si se le hubiera perdido el nombre entre las olas. Parecía dudar entre decir o no decir cómo se llamaba. A José

eso le pareció exagerado. El nombre que tenemos, por más horrible que sea, no parece algo que deba mantenerse en secreto.

Entonces se quitó la capucha y dejó al descubierto una melena digna de un león. José pensó que ese joven debía pasar por un barbero.

Y habló. El desconocido habló. Tenía una voz dulce, suave, algo temblorosa.

—Me llamo Yamila —dijo.

José se quedó con la boca abierta.

IV

El desconocido era una chica. Estaba vestida de varón y se tapaba el rostro de tal manera que cualquiera habría pensado que era un muchacho. Ahora lo miraba a José con la cara descubierta y con el pelo largo al viento. A pesar del rostro tiznado, su postura varonil e incluso su fuerza física, no había dudas de que era una mujer. Una chica de su edad o un poco mayor.

—Yo me llamo José —atinó a decir intentando ocultar su sorpresa por el descubrimiento.

—Y sos un soldado español —Yamila le señaló el uniforme.

José se miró.

—Sí, ¿y qué?

—No me gustan los soldados.

Yamila comenzó a caminar por donde había venido. Pasó delante de José y se detuvo. Estaban a medio metro de distancia. Ella lo miró.

—Igual vos me caés bien.

José se puso a su lado y comenzaron a caminar juntos hacia la ciudad.

—¿Quién te enseñó a pelear así?

Yamila se encogió de hombros.

—¿Por qué te vestís de varón? —insistió.

La chica volvió a hacer el mismo gesto.

—¿Por qué me ayudaste?

Yamila se detuvo, lo miró y se quedó pensando la respuesta.

—Porque estabas en inferioridad de condiciones, porque peleabas como un león y me dije: "Yamila no va a permitir que se cometa el delito de matar así a un valiente".

José se rio.

—Qué casualidad, yo también pensé que peleabas como un león.

—No es casualidad —dijo ella—. "Orán" significa "león". Estamos en la ciudad de los leones.

Llegaron a la plaza de la iglesia. Los compañeros de José ya no estaban. Yamila se despidió.

—Ey, pará, ¿te voy a volver a ver?

Ella repitió su gesto con los hombros, pero pareció arrepentirse y le respondió:

—De tarde ando por acá. Si me querés ver... ya sabés.

Y claro que quería volver a verla.

V

José no estaba acostumbrado a tratar con mujeres. Salvo por su madre y su hermana mayor, María Elena, su vida se había desarrollado rodeada de varones: su padre, sus otros hermanos, sus compañeros de estudios y de la escuela militar. Yamila era la primera chica que conocía y estaba lleno de preguntas. Quería saber todo de ella, pero la joven había guardado silencio. Eso lo tenía inquieto. Pasaba todo su entrenamiento militar pensando en volver a verla. Él creía que era preocupación. Todavía no sabía reconocer los signos del amor.

A la semana se encontró con ella. Estaba, como le había dicho, en la plaza. Cuando lo vio venir, Yamila comenzó a caminar hacia las calles laberínticas del barrio viejo. No corría como la vez anterior, pero se mantenía delante de él.

Al final se detuvo frente a una casa que tenía la puerta abierta y que daba a un patio como los que había también en Málaga.

—Vení —le dijo a José, que no dudó en seguirla.

Entraron a la propiedad y Yamila lo llevó por una escalera que parecía interminable. Llegaron a una terraza.

—Mirá —le dijo ella.

Desde ese lugar podía verse gran parte de la ciudad y el desierto hasta el horizonte. El sol comenzaba a caer y todo estaba cubierto de una luz naranja. Yamila se sentó con las piernas colgando hacia la nada, sin importarle el riesgo que corría. José no iba a mostrarse miedoso: hizo lo mismo y se sentó a su lado.

—Cuando quiero estar tranquila vengo a ver el atardecer.

Permanecieron en silencio un buen rato. Se sentía bien quedarse callados uno al lado del otro.

Unos minutos más tarde, José no pudo evitar empezar con sus preguntas:

—¿Cuántos años tenés?

—Catorce. ¿Vos?

—Voy a cumplir catorce. ¿Sos de Orán?

—No, no soy de acá. Nací en Salé, a seis lunas de camino desde Orán. ¿Y vos?

—Nací en Yapeyú.

—¡Qué nombre raro! Nunca lo había escuchado. ¿Queda cerca de Granada?

—Ja, ja, ja, no, queda lejísimo. A miles y miles de leguas, cruzando el océano Atlántico. Al sur de América, en el Virreinato del Río de la Plata.

Yamila lo miró sorprendida.

—Pero entonces no sos español.

—No —dijo José—. Soy americano.

—¿Pero por qué peleás en el ejército español?

José estuvo a punto de responderle con el gesto que hacía ella con los hombros, pero le dijo:

—Porque soy un súbdito de la corona española.

Yamila estalló en una carcajada. Si no fuera porque a José le pareció una risa muy pero muy bella, habría pensado que se reía de él.

—España usurpa tu tierra. No se puede ser súbdito de un usurpador. Ni América es de España, ni Orán es de España, ni Salé es de España. El abuelo del abuelo de mi abuelo vivía en Alicante hasta que un rey decidió echar a todos los moros. El abuelo del abuelo de mi abuelo era barbero y tuvo que dejar todo lo que tenía: su casa, sus muebles, sus libros, sus herramientas. Le robaron todo y lo mandaron a Salé junto con los demás moros. No creo que Alicante sea de España.

—Pero estos pueblos están bajo el control de España, ellos trajeron paz, un buen vivir, convirtieron a los salvajes en cristianos.

—Todas mentiras —dijo Yamila con tono amargo—. Antes de que ellos llegaran estaba mi pueblo que vivió en esas tierras más de siete siglos. ¿Salvajes nosotros? Aprendieron a hacer cálculos con nuestros números, a curar con nuestra ciencia y a cocinar con nuestros frutos. Pero nos echaron de Al-Andalús y ahora nos maltratan y ocupan nuestras casas, comen de nuestros árboles y matan a nuestros animales. Además yo no soy cristiana, soy musulmana.

José se quedó mirándola.

—¿Qué pasa? —preguntó Yamila a la defensiva—. ¿Soy distinta a vos por ser musulmana? ¿Soy más fea, más mala, más tonta? O como vos dijiste: ¿soy más salvaje?

Tal vez José nunca se había puesto a meditar sobre las diferencias religiosas y sobre las consecuencias negativas de creer que una religión es superior a otra y de lo tonto que resulta juzgar por esas cosas. Tal vez por todo eso, a lo único que atinó fue a acercarse a ella y darle un beso. En los labios.

Ni él mismo lo podía creer.

Fue un beso más bien rápido que casi comenzó en la nariz, cayó por el lado de una mejilla y terminó en los labios con cierto apuro. Duró poco pero no estuvo nada mal para un primer beso.

Yamila cambió el enojo por la sorpresa. Y respondió al beso con otro beso, un poco menos torpe pero igual de apurado. Hizo una pirueta rápida y se puso de pie.

—Me tengo que ir —dijo, y salió corriendo.

José pensó en seguirla pero no atinó a nada. Se quedó mirando la línea donde el cielo se unía con el horizonte, mientras oía el retumbar de su corazón.

VI

Yamila y José no volvieron a verse durante varios días y el reencuentro no fue muy lindo. Orán se encontraba sitiada por las tropas del Imperio Otomano. El ejército español estaba a la defensiva dentro de las fortificaciones de la ciudad. Los soldados debían hacer ejercicios todos los días y a toda hora para estar listos para la lucha.

Y los problemas llegaron. El imponente ejército otomano atacó a las fuerzas españolas. Por primera vez José estaba en un frente de combate y no en una

práctica. Ahora tenía que pelear de verdad si quería salvar su vida.

Durante treinta y tres días se enfrentaron cuerpo a cuerpo los dos ejércitos. No hubo descansos ni treguas. Los españoles resistían y los otomanos avanzaban, mientras piratas y corsarios argelinos atacaban por mar a los barcos españoles.

San Martín blandía su fusil con seguridad. En esos días supo qué era una batalla: muerte, sangre, dolor, el temor de no sobrevivir y la valentía de defender los ideales inculcados en sus años de formación.

El enfrentamiento era un amasijo de personas, armas y polvo. Pero en medio de esos ataques, a veces la batalla se convertía en una lucha más individual, en la que el enemigo tenía rostro, ojos y un cuerpo reconocibles.

Así fue como vio a Yamila.

Entre los aguerridos soldados otomanos, bereberes y argelinos se encontraba Yamila, vestida como siempre: de hombre. Luchaba con la fuerza que José ya conocía y avanzaba sin detenerse.

La vio pasar su propia línea defensiva y fue hacia ella, que, al reconocerlo, aceleró su paso. Como siempre, Yamila y José corrían: ella delante, él detrás. Pero esta vez era más grave. Era la guerra.

José alcanzó a Yamila y se tiró encima de ella. Los dos rodaron por el polvo de Orán. Ambos tenían armas: José su fusil con bayoneta y Yamila una cimitarra, pero ninguno de los dos las usó. La lucha era a golpes y forcejeos. José pudo imponer su pericia y consiguió inmovilizar a Yamila. Ella le dijo con desprecio:

—Debí imaginar que me iba a cruzar con un traidor.

—No soy un traidor.

—¿No te das cuenta de que tu América y mi pueblo están del mismo lado?

Yamila hablaba mientras intentaba zafar de la presión del cuerpo de José.

—No, no es así. Si fuera como vos decís no estaríamos enfrentados.

Yamila sonrió amargamente:

—Llegará un día en que nuestros pueblos serán libres.

José soltó las muñecas de Yamila y ambos se pusieron de pie. Estaban rodeados de soldados de los dos ejércitos, pero en ese momento él sentía que ellos dos eran los únicos habitantes del universo.

—Andate —le dijo—, alejate de acá antes de que termines cautiva de mi ejército.

Yamila parecía dispuesta a seguir con la lucha, pero por unos segundos miró a José. No era el lugar adecuado, muy probablemente; sin embargo, él tuvo unas ganas locas de darle un beso. Pero estaban en medio de una batalla. Y eran enemigos.

—Un día vamos a estar del mismo lado —dijo Yamila, le acarició el rostro como muestra de agradecimiento y salió corriendo, alejándose de él.

Alejándose de él para siempre.

Nunca más se volvieron a ver.

Pero la historia entre ellos no terminó ahí.

VII

Hubo un testigo del último diálogo entre Yamila y José. El coronel del regimiento de infantería había visto lo ocurrido: uno de sus subordinados dejó ir a un soldado enemigo. Lo dejó escapar. Era la clase de ejemplo que no quería para sus hombres.

Cuando las tropas españolas regresaron derrotadas, el coronel preparó un informe en contra del cadete José de San Martín. Por el contrario, otros oficiales que lo conocían y sabían de su valentía recomendaron su ascenso a segundo subteniente.

En los años siguientes, José peleó en nombre del rey de España contra Francia y Gran Bretaña. Cada

nueva batalla era una muestra de su talento militar. Estuvo en el sur de Francia, en Andalucía, en Barcelona, en Portugal. Cumplía como nadie su misión, incluso en los difíciles días en que España pasó a ser un país invadido por los franceses.

Tantos frentes bélicos no permitían que España les prestara especial atención a sus territorios africanos. No obstante, cada tanto llegaban noticias. Así fue como cinco años después de haber estado en Orán, José oyó hablar de Salé.

Prestó atención y grande fue su sorpresa cuando el oficial que contaba los contratiempos del ejército español en el norte de África nombró a Yamila.

Toda la costa argelina estaba infectada de piratas musulmanes que asolaban a los barcos españoles, genoveses, venecianos y de todos los europeos que se animaban a navegar por el Mar de Alborán y cerca de las costas atlánticas.

Los piratas se volvían celebridades, como el mítico Barbarroja, que había causado terror a los europeos unos siglos antes. Ahora se hablaba de Hussein de Rabat, de Alí de Mostaganem y de Yamila de Salé.

Yamila se había convertido en una pirata. Los relatos de los oficiales españoles provenientes de

Ceuta y Melilla daban cuenta de una mujer peligrosa que, junto a otros corsarios, quería volver a crear una república en la costa africana, tal como habían hecho, mucho tiempo atrás, algunos moriscos expulsados de España.

—Pero eso ocurrió hace doscientos años —dijo otro oficial que escuchaba la historia—. Qué ocurrentes estos moriscos.

—Eran los abuelos de los abuelos de sus abuelos —agregó José, pero nadie le prestó atención.

Durante veinte años, José sirvió al ejército español con valor e hidalguía. Ningún español podría reprocharle su labor militar al oficial José de San Martín.

En todo ese tiempo intentó obtener más noticias de Yamila. Así supo de sus aventuras, de los barcos capturados, de las batallas ganadas en altamar y de su ferocidad en la lucha. Al hecho de ser mujer le agregaba otro componente que alimentaba la leyenda: la pirata Yamila, "la Perla de Salé", tal como la llamaban, no secuestraba ni mataba a sus cautivos. Los entregaba sanos y salvos a las autoridades españolas. El mito decía que ella devolvía así el favor que le había hecho un soldado español en una batalla.

Cuando se cumplían veinte años de aquel encuentro, José supo la peor noticia: Yamila había muerto a manos del ejército español.

No podría decirse que eso lo decidió. En esos años se había reunido con muchos que como él creían que España no era la dueña de las tierras americanas. Había varias razones políticas, patrióticas y afectivas para que José tomara la decisión.

El día en el que se enteró de la muerte de Yamila, el oficial José de San Martín, de 33 años, resolvió que ya era el momento de regresar a América.

II. 11 de septiembre
Día del Maestro

Retrato de Mary Olstine Graham (Saint Louis, Estados Unidos, 1842 – La Plata, Argentina, 1902).

Las golondrinas

LILIANA CINETTO

MANUELA ESPERABA. Desde hacía diez años esperaba. Desde que se había divulgado la noticia que sorprendió y emocionó a los sanjuaninos. Desde que llegaron las cajas con los libros nuevos y los muebles sin estrenar y las semillas para sembrar el jardín y el piano y las cuatro máquinas de coser e incluso los planos para construir el edificio. Entonces, Manuela todavía era una niña que repetía el abecedario y dibujaba palotes en un rancherío.

—Se va a fundar la primera escuela normal del país —escuchó que decían en el pueblo—. Don Domingo quiere que sea aquí, en su tierra natal.

—¿Y qué es una escuela normal? —se atrevió a preguntar.

—Una escuela para formar maestras.

Y Manuela se alegró. Porque ella quería ser maestra. Cuando fuera grande, claro. Y ya supiera que la M con la A es MA y que la P con la E es PE, y aprendiera a sumar y a restar.

—¿Y cuándo va a ser eso? —quiso saber.

—Cuando vengan las golondrinas.

Manuela no sabía qué eran las golondrinas.

—Pájaros, mi niña —le explicó alguien—. Pájaros que viajan desde muy lejos, desde el Norte, donde hace frío, buscando sitios más calentitos para anidar.

Desde entonces, cada tarde Manuela miraba el cielo y esperaba que las golondrinas se asomaran en el horizonte. Porque el aire era bien tibio en San Juan. Seguramente les gustaría a esos pájaros friolentos. Sin embargo, pasaron los días y también los meses y hasta los años y las golondrinas no llegaron. Tal vez porque el país se desangraba en enfrentamientos entre caudillos y ataques de sus feroces montoneras, grupos armados de gauchos y peones que obedecían a su líder. O porque los indios hostigaban a las diligencias que se animaban a atravesar aquel paisaje de soledades. O porque San Juan y su gente eran demasiado pobres...

Manuela esperó y siguió esperando mientras los planos se archivaban, los muebles, las máquinas de

coser y el piano se cubrían de polvo y de olvido, las semillas se secaban, y los libros quedaban encerrados en las cajas, sin que ni ella ni nadie pudiera leerlos.

En mitad de la travesía, Mary dudó. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si la decisión que había tomado era un grave error? O una locura, como le habían advertido familiares y amigos cuando ella les contó que había aceptado aquel trabajo en Argentina, tan lejos de su Saint Louis natal. La propuesta había sido tentadora: un contrato de tres años, que podía renovarse, un pasaje de ida y vuelta en primera clase en un vapor, vía Europa, un sueldo nada despreciable, mejor que el que le habían pagado en las escuelas y jardines donde había ejercido la docencia...

Una amplia convocatoria que se había publicado incluso en los periódicos había atraído a muchas candidatas, aunque la selección había sido más que estricta. Además de tener excelentes calificaciones en sus estudios, las elegidas debían ser jóvenes, pero con experiencia, provenir de una buena familia, tener conducta y moral irreprochables y, en lo posible, un aspecto agradable y buen estado físico. Mary Olstine Graham cumplía con todos los requisitos y se embarcó ilusionada. Sin embargo, con el

transcurso de los días, comenzó a dudar. El viaje en barco parecía eterno, como el vaivén azul de aquel océano infinito que la mantenía confinada a su camarote, entre náuseas y mareos insoportables. Y, por momentos, la aterraba la idea de habitar en ese país del que le habían llegado pocas y alarmantes noticias: sangrientas hostilidades entre adversarios políticos, epidemias que arrasaban con la población como la fiebre amarilla y el cólera, prejuicios de una sociedad conservadora, miserias y mezquindades de una nación en la que parecían contraponerse civilización y barbarie.

Mary trataba de recordar el entusiasmo que le había transmitido la esposa de Horace Mann, el gran educador, cuando la entrevistó para contratarla.

—El presidente Sarmiento sueña con que mil docentes estadounidenses lleguen como golondrinas a cada rincón de su patria para ser maestras de maestras. Quiere que les enseñen a aquellas jóvenes nuestros métodos educativos. Y sobre todo, lucha para que no quede un solo niño, por más humilde que sea, que no tenga acceso a una educación gratuita y de calidad.

Mary compartía esos ideales. Y ese había sido el motivo principal por el que había aceptado el empleo,

no por afán aventurero o por la expectativa de hallar un buen partido para casarse. No. Ella había dicho que sí por pura vocación. Pero después de navegar casi dos meses, desde Nueva York a Londres y de allí a Buenos Aires, sentía que su ánimo flaqueaba. ¿Cómo la recibirían en aquella tierra tan distante, tan ajena a sus costumbres? ¿Cómo vivirían el hecho de que una extranjera viniera a educarlas? ¿Aceptarían que ella tuviera otros hábitos, otras creencias, otra manera de pensar...? Había oído rumores difusos que hablaban del fracaso de compañeras que la habían precedido. Sabía que la primera que había arribado se había negado terminantemente a dirigirse al destino que le había sido asignado, nada menos que la provincia donde había nacido Sarmiento. La comunidad norteamericana que vivía en Buenos Aires la había desalentado al mostrarle un panorama desolador y riesgoso. Lo mismo había sucedido con las siguientes tres compatriotas que llegaron en abril de 1870. El mismísimo presidente había ido a esperarlas en el puerto, para tratar de convencerlas de que aceptaran ir a su provincia. Pero no lo logró. La primera escuela normal de Argentina había sido fundada, pero en otra ciudad del litoral. Mientras, San Juan seguía esperando.

Cada tanto Manuela miraba el horizonte desdibujado por la polvareda seca que levantaba el viento zonda. Siguió esperando mientras crecía.

Había aprendido a leer y a escribir y a sumar y a restar... Pero quería aprender más.

A veces la señora de la casa donde su mamá trabajaba le dejaba hojear los libros de la biblioteca y mirar algunos semanarios extranjeros como *L'Illustration* de París, que llegaban a través de Chile. Mirarlos, porque estaban en un idioma que Manuela desconocía. Pero en esas páginas indescifrables encontraba dibujos maravillosos, únicos, que llamaban su atención y despertaban su curiosidad.

—¿Qué animal es este? —se animaba a veces a preguntar.

—Una jirafa.

—¡Qué cuello tan largo tiene! ¿Y este otro?

—Un elefante.

—¡Qué raro! ¿Dónde hay elefantes?

—En África.

—¿Y dónde queda África?

Manuela observaba las hojas pobladas de animales y de paisajes y de rostros. Buscaba golondrinas.

—¿Y eso qué es?

—Un barco.

—¿Es como un bote?

—Más grande. Puede viajar por mar a sitios muy lejanos.

—¿Puede ir hasta el Norte, donde hace frío y viven las golondrinas?

—Claro.

—Manuela, no molestes a la señora —la retaba su mamá—, y vení a ayudarme a limpiar.

La niña se callaba y se quedaba pensando. ¿Y si las golondrinas viajaran en un barco? Tal vez así podrían llegar pronto a San Juan y ella podría estudiar para ser maestra. Manuela entonces miraba otra vez el horizonte desdibujado por la polvareda seca que levantaba el viento zonda y volvía a esperar.

Después de arribar al puerto de Buenos Aires y de reponerse unos días en la capital, a Mary Olstine Graham le notificaron que la enviarían a Paraná, una ciudad situada a casi 500 kilómetros, donde ya funcionaba la primera escuela normal desde 1871. Su director era un compatriota, George Stearns, quien la recibió amablemente y con una taza de té, cuando Mary, pálida como un fantasma, bajó de la diligencia en la que había traqueteado casi diez días por territorios inhóspitos y desolados.

Las dudas que Mary había tenido durante el viaje en barco se acrecentaron al llegar a aquel pueblo del interior que poco se parecía a la gran aldea que era Buenos Aires y ver la humilde casa con piso de ladrillos en la que debía alojarse. Pero se repuso pronto con el apoyo de Stearns y de otras compañeras que, como ella, fueron ambientándose a una realidad tan diferente de la que provenían.

Quizá los últimos vestigios de duda se disiparon gracias a la calidez de los lugareños y a los niños del pueblo, que jugaban descalzos por las callecitas de tierra o chapoteaban en el río de aguas marrones.

—Buenas, Miss Mary —la saludaban cuando pasaba con su sombrero de ala ancha.

Y ella veía en sus sonrisas y en sus miradas una inocencia idéntica a la de todos los niños del mundo.

Durante los siguientes cuatro meses, Mary peleó con ese idioma que le resultaba tan difícil de aprender hasta que logró dominarlo y empezó a demostrar una voluntad férrea y una capacidad docente que hacía que se destacara sobre otros colegas. Tal vez fue el propio director quien la recomendó al presidente. Mary nunca lo supo.

—Si ella es tal como comentan, valió la pena esperar tanto —dijo Sarmiento. Y la eligió para que

al fin se concretara su sueño. Fue entonces cuando Mary Olstine Graham viajó a San Juan.

Manuela la esperaba a la vera del camino. Con un manojo de flores sencillas, que había recogido al salir de su casa. Sabía que aquella mujer llegaría agotada después de atravesar las soledades de un país medio deshabitado y plagado de peligros en una incómoda diligencia. Hubiera querido recibirla con un regalo más valioso, pero no había podido comprar nada.

Ya no era una niña y desde hacía mucho había tenido que empezar a trabajar para ayudar a su madre. Sin embargo, durante los últimos diez años nunca había dejado de mirar el horizonte desdibujado por la polvareda seca que levantaba el viento zonda.

Ese día el aire estaba manso y el sol la encandilaba tanto que la obligaba a entrecerrar los ojos mientras se esforzaba por distinguir a lo lejos la silueta del carruaje. Por instantes dudaba. Tantas veces había esperado en vano.

Pero al final lo vio. Primero fue un punto apenas. Después, una certeza.

El corazón resonaba en su pecho al ritmo de los cascos de los caballos a medida que se acercaban.

Cuando la diligencia se detuvo y se abrió la portezuela, Miss Mary se asomó con su sombrero de alas anchas y, al ver a Manuela con el ramo de flores, sonrió.

Manuela quiso decir algo, que iba a ser su alumna, que quería ser maestra, que... Pero las lágrimas le habían anudado las palabras en la garganta. Entonces vio la sombra que proyectaba el sombrero de Miss Mary en el suelo polvoriento. Parecía un pájaro. Y entonces Manuela también sonrió porque supo que al fin habían llegado las golondrinas.

III. 16 de septiembre
Día Nacional de la Juventud

Subversión en el ámbito educativo
(conozcamos a nuestro enemigo)
(fragmento)

a) El accionar subversivo se desarrolla tratando de lograr en el estudiantado una personalidad hostil a la sociedad, a las autoridades y a todos los principios e instituciones fundamentales que las apoyan: valores espirituales, religiosos, morales, políticos, Fuerzas Armadas, organización de la vida económica, familiar, etcétera. [...]
Se asiste así a una curiosa *evolución de ideas* (no original en nuestro país) que lleva a una parte de los estudiantes a convertirse en enemigos de la organización social en la cual viven en paz y en amigos de los responsables de los disturbios que los fanatizan en favor de esta otra ideología ajena al ser nacional.

Documento emitido por el Ministerio
de Cultura y Educación en 1977.

Grillos, lápices y primaveras

GRACIELA BIALET

Importan dos maneras de concebir el mundo.
Una, salvarse solo, arrojar ciegamente a los demás de la balsa
y la otra, un destino de salvarse con todos,
comprometer la vida hasta el último náufrago...

Armando Tejada Gómez,
"Hay un niño en la calle" (fragmento).

PLAF...

—AYYYYYYYYYYYYY... ¡No! ¡No puede ser! &*^&=?/&@#... ¡Justo hoy! &*^&=?/&@#... No de nuevo. NOOOOOOOO.

—¿Qué pasa? —pregunta mamá semidespierta—. Dejá de gritar. Son las seis de la mañana.

—Esto es una pesadilla. Se me cayó el celular al inodoro.

Estamos organizando la semana del estudiante en la escuela y Leo me pasa a buscar en... ¿Qué hora es?... Carajo, no tengo hora... Mi teléfono... ¿Mis contactos?... Estoy desconectada... Estoy muertaaaaa...

En el celu tengo el cronograma de actividades que planificamos con los chicos del Centro de Estudiantes. Hoy llevamos a imprimir las remeras... Pero creo que antes... ¿tenemos que juntar y listar las autorizaciones de los pibes de primero?... ¡La reunión del Centro!

Justo llega Leo.

—Pasá. Estoy rebajón. Se me suicidó el teléfono.

—Mmm... ¿y esa cara del asesino de *Scary Movie*? —me saluda Leo con beso de nariz—. Me gusta tu nariz —repite como siempre y roza de paso mi boca.

Me quiere. Sé que me quiere. Leo. No mi teléfono que se me cae y rompe a cada ratooooo...

—Ponelo en arroz y traé el secador de pelo —me dice—. Tal vez lo podamos reanimar.

—¿Tenemos tiempo? —pregunto.

—No sé. ¿Íbamos primero por las remeras o por las acreditaciones o a la reunión?

De mal en peor. Dos despistados perdidos en el mismo pañuelo del mundo.

El *wasap* de Leo suena.

—Es Sofía —me dice—. Te está llamando y le pasa directo al contestador. ¿Copio o reenvío? —trata de ponerle onda al momento.

Me hierven los ojos.

Mamá aparece arrastrando las chancletas. Le cuento mi tragedia. Da media vuelta revoleando los ojos y susurrando "otra vez sopa...". "Ni un peso más para un celular", refunfuña.

Leo abandona su rescate con el rugido caliente del secador y mete mi celular en la bolsa de arroz, adentro de mi mochila.

—Dale, vamos —me empuja aprovechando para un abrazo—. Tal vez reviva cuando se termine de secar.

Esperando un milagro me resigno y busco mi bicicleta. La de Leo quedó en la galería de entrada a casa.

Su celular truena. Sofía y los demás compañeros del Centro de Estudiantes mandan mensajes intermitentes. Estamos llegando quince minutos tarde a la reunión. Los de sexto son los mandamases.

Y nosotros los de tercero, los aprendices, así nos llaman.

—Acordate de traer las cañas para las pancartas. ¿Consiguieron las telas? —grita Fabio, el presidente del Centro, por el teléfono ahora abierto de Leo. Siguen entrando mensajes de Rina, de Octavio y de Manuel. Todos amanecidos para llegar temprano a la reunión.

¡Las telas! Me olvidé las telas en casa de Magalí. ¿Qué más me puede pasar hoy? Necesitamos las telas para pintar las consignas.

La idea es preparar juegos, fiesta, baile, pero también actividades de reflexión sobre nuestros derechos como estudiantes, con consignas jugadas. Con contenido. Porque nosotros somos militantes con ideas claras. ¡Bah... por lo menos algunas! Nuestra lista se llama "El resurgimiento de los lápices", en memoria de la fatal "Noche de los lápices". Queremos celebrar la vida y la primavera, pero con memoria.

Meto automáticamente la mano en el bolsillo de mi bermuda buscando el teléfono para decirle a Magalí que lleve las telas.

¡No tengo celular! Recuerdo que está para resurrección en mi mochila.

—¿Cómo se vive sin celularrrrrr? —grito.

Otra vez pongo cara monstruosa de *Scary Movie*. Leo se ríe y pedalea más lento para alcanzarme el suyo.

Mis pulgares teclean buscando.

—¿¡No tenés agendada a Magalí!? —quiero matarlo.

—Es tu amiga, no la mía.

No me sé de memoria su número. Mucha memoria, mucha memoria... pero en la lista de contactos. &*^&=?/&@#...

Arrancó pésimo mi día y sigue patético.

Busco en la bolsa de arroz mi celular. Na... Sigue muerto. Fallecido. Cadavérico. Mudo.

—Tranquila —me dice Leo—, capaz que Magalí se da cuenta y las lleva. A veces, con la punta del delineador de ojos logra mover una tutuca del cerebro —se divierte haciéndome enojar. Odio cuando se burla de mi amiga, que es medio aparato, sí, pero es mi amiga de toda la vida, mi vecinita de enfrente, como mi hermana. Me sigue en todas. No sé qué hubiera sido de mi vida sin ella cuando mis viejos se separaron y mi papá *si te he visto no me acuerdo*.

—Mejor vuelvo a buscarla.

Esto no me pasaría si hubiera podido esconder las telas en mi casa sin que mi padrastro me persiga con la cantinela de que me deje de pavadas con esa militancia estudiantil, que voy a terminar como una *jipi* andrajosa o en una zanja. ¿Se puede creer lo que tengo que soportar de ese imbécil?

¿Existe algún modo de existencia sin teléfono?, me pregunto mientras lo vuelvo a poner en su bolsa arrocera.

¡¿Cómo vivían antes sin celu?!... Mamá me cuenta que era mejor porque no te podían localizar tus viejos. Ja. A mí me ubican si los atiendo... Claro... cuando mi teléfono anda.

—Ya llegamos al cole, ¡qué te vas a volver ahora! —me dice Leo.

Y sí, estamos en la puerta. La secundaria 169. Justo el número. Dieciséis el día y nueve el mes. Por eso nos llamamos "El resurgimiento de los lápices". 169. Como el día y el mes en que se llevaron a los pibes que pedían por el boleto escolar. 16 de septiembre de 1976. La noche de los lápices. Diez pibes de mi edad, bueno maso... de entre 14 y 17 años, que militaban en la UES, la Unión de Estudiantes Secundarios. Los cargaron a cada uno de su casa para detener el "accionar subversivo en las escuelas", quisieron justificar los

secuestradores. Cuatro chicos sobrevivieron en la cárcel. Seis siguen desaparecidos. "Ni muertos ni vivos, están desaparecidos, no tienen entidad", dijo el que era el presidente de facto de esos años. Como si se los hubiera tragado la tierra. O se hubieran deshecho en el aire. Eso les decían a sus familiares que andaban por todas partes buscándolos.

Apenas entrar al cole y se ven sus fotos. Las escaneamos y ploteamos con los chicos del Centro de Estudiantes, con plata que recaudamos vendiendo pururú en los recreos. Ahí están. En blanco y negro. Diez carteles con sus retratos colgados en una soga de tender ropa, con sus broches, como recién lavados, recién recordados, recién revividos: Daniel, Claudia, Clara, Francisco, Claudio, Horacio, Pablo, Gustavo, Emilce y Patricia.

Leo dice que cada día le impacta verlos ahí, como la primera vez que los colgamos, porque se parecen a las fotos de sus abuelos, así vestidos de época, tan en pose dura, tan blanquinegras las imágenes, tan como cualquiera de nosotros pero *vintage*...

Y de repente, aparece Magalí. ¡Ups! casi por arte de magia, y ¡con los rollos de telas!

—¿Viste? —lo miro a Leo desafiando a que se trague sus palabras.

—No, no... —se ocupa en hacerme saber—. No fue magia, chiquita.

Y es que Leo le pidió su teléfono a Fabio, que está muerto con Magalí, y le mandó un mensaje mientras yo hacía eses en la calle con mi bici, maldiciendo mi suerte.

Vamos a la reunión antes de que lleguen las hordas de pibes y profes.

Fabio deja que Magalí entre a la sala para que no se quede como poste en la entrada. Leo le guiña un ojo.

Sofía arranca quejándose de que mi amiga esté ahí porque no es miembro del Centro. Que vino a traer las telas, digo. Que las puede ir cortando, dice Leo. Todos aceptan y empieza la reunión.

—Octavio, te toca hacer el acta, grabá. Los demás, los celulares en vibrador —nos recuerda Sofi, poseída por su rol de secretaria. El mío está muerto, así que ni me preocupo en quejarme como otras veces.

Empieza hablando Fabio. Estuvo leyendo mucho sobre la desaparición de estos chicos y encontró en Internet algunas entrevistas a los sobrevivientes. Nos hace escuchar una en YouTube que le hacen a Pablo Díaz, sobreviviente y autor del

guion de *La noche de los lápices*, la película que se hizo para contar la historia. El tipo dice:

"*La noche de los lápices* será la historia de todos los sobrevivientes secundarios reprimidos en la dictadura, será la historia de todos los estudiantes secundarios reprimidos hoy, será la historia que querrán que sean los secundarios de mañana. Pero también hay una historia que no podrá ser contada por ellos, los noventa días de soledad, de amor, de compañerismo, de despedida y de muerte. Solo de ahí, y de ningún lado más, yo soy el sobreviviente".

Wow. Si lo achicamos nos sirve de consigna, pienso mirando las telas cortadas...

Suena el celular de Rina.

—¿No lo pusiste a vibrar? —se queja Sofi—, ¿no ves que interrumpe?

Y yo pienso en las veces que la he visto a Sofía interrumpir las clases de Literatura que a mí me encantan... Pero mientras pienso, se desata una discusión interesante (¿Viste Sofía? ¡Ahí tenés!...), sobre cómo se podrían haber salvado muchas personas de ser secuestradas si hubieran tenido un celular.

—Imaginate si alguno le avisaba por mensaje de texto —supone Rina—, hubiera podido esconderse o rajar.

—Pero también, la cana podría encontrarlos más rápido con el GPS de sus propios teléfonos... —retruca Manuel.

Mmmm...

Octavio nos recuerda la agenda del día. Lo suyo es el orden.

—¿Saben qué? Y volviendo al tema... —arremete Fabio con mueca de mandamás hacia los aprendices—: Investigando a fondo me entero de que los diez pibes estos no tuvieron mucho que ver con la lucha por el boleto estudiantil que en realidad fue en 1975, un año antes del golpe de Estado, y de hecho ya habían matado a uno de los chicos que dirigía la UES.

Y nos lee el testimonio de otra sobreviviente, Emilce Moler:

"No creo que a mí me detuvieran por el boleto secundario, en esas marchas yo estaba en la última fila. Esa lucha fue en el año 75 y, además, no secuestraron a los miles de estudiantes que participaron en ella. Detuvieron a un grupo que militaba en una agrupación política. Todos los chicos que están desaparecidos pertenecían a la UES, es decir que había un proyecto político, con escasa edad, pero proyecto político al fin".

—Estos pibes —sigue Fabio— eran militantes de sus centros de estudiantes, como nosotros, y los secuestraron como parte de un plan para terminar con la participación de los jóvenes en todas las agrupaciones políticas que se multiplicaban y no paraban. Muchos colegios secundarios del país tienen hoy placas y fotos colgadas de sus alumnos desaparecidos.

Quedamos mudos.

Silencio que duele. Que asusta. Que confirma presencias.

—Ah... —corta el aire Sofía—, me viene a la cabeza lo que me contó hace poco mi vieja. Que un general... con nombre de isla... mmm... no sé si Saint-Tropez o Saint-James, dijo muy suelto de uniforme el *covani*: "Primero mataremos a todos los subversivos, luego a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, luego a los indiferentes y por último a los tímidos".

Me acordé de las advertencias de mi padrastro. Capaz que Leo se dio cuenta porque me hizo sentar más adelante en la silla hasta acomodarse pegadito detrás de mí y me abrazó fuerte.

—Tal vez podamos hablar de todo esto con los chicos que vengan al cine-debate cuando pasemos la peli —propone Leo.

Yo lo apoyo, claro. Octavio se ofrece a bajar esas entrevistas para reproducirlas en el cineclub que improvisaremos en la escuela.

A Magalí se le corre un poco el rímel, creo que moquea mientras escucha de colada. Fabio le alcanza un mate y cuchichean.

—Pudo haber sido cualquiera de ustedes —pucherea mi amiga. Y la miro. Y me mira. Y nos vemos como aquellas niñas que jugábamos a escondidas, en la terraza de su casa, a fumar cigarrillos hechos con papel higiénico. Entonces me acerco y la aprieto... y la beso... y la quiero más que nunca.

Rina salta:

—Tengo una idea más para esta semana de la primavera.

—Del estudiante —corrige Manuel.

—Ponele —retruca ella.

—¿Cuál es la idea? —interviene Octavio siempre concentrado.

—Colguemos también nuestras fotos en la entrada del cole. Junto a las de aquellos diez. Porque pudo ser cualquiera de nosotros. Todos nosotros. Algunos de nosotros...

—En blanco y negro —agrega Leo.

—Con nuestros nombres, desafiando al tiempo —digo yo—. Fotos y nombres nuestros: Fabio, Rina, Sofía, Leo, Manuel, Octavio y yo...

Entonces comienza la sesión de fotos. Cada cual con su *selfie*.

Con urgencia las pasamos a la impresora del Centro; tenemos wifi rápido y gratis porque lo conseguimos exigiendo nuestro derecho a ser tratados como ciudadanos del siglo XXI en la escuela. Las cuadramos a tamaño oficio. Así nomás. Y las ponemos en un folio plástico. Quedan perfectas. Ahora las colgamos.

Magalí pregunta si ella también puede. ¡Por supuesto!, gritamos a coro.

—Nos diste la idea —dice Fabio con voz de miel.

—Habrá que vender más pururú —anuncia Sofi en su "modo simpático" (es tan *nerd*...) y todos reímos.

Nuestras fotos aparecen. De a una. Tendidas en otra soga. Con nuestros nombres. Y Manu corre a su casa que está enfrente del colegio y trae otra soga.

Y le pedimos a la portera un par de broches más.

Y Octavio y Leo cuelgan las que faltan.

Y Manuel escribe un cartel a mano que dice: "Los lápices seguimos escribiendo... Sumá tu *selfie*".

Y Rina y Sofía le agregan: "Para que NUNCA MÁS se callen".

Y Fabio y Magalí siguen charlando, acaramelados, ahí en la entrada.

Y de repente un grillo metálico y lejano hace sonar su chicharra.

Y yo miro a Leo, suspirando... enamoradísima, celebrando que, además,

como si fuera poco,

al fin y al cabo,

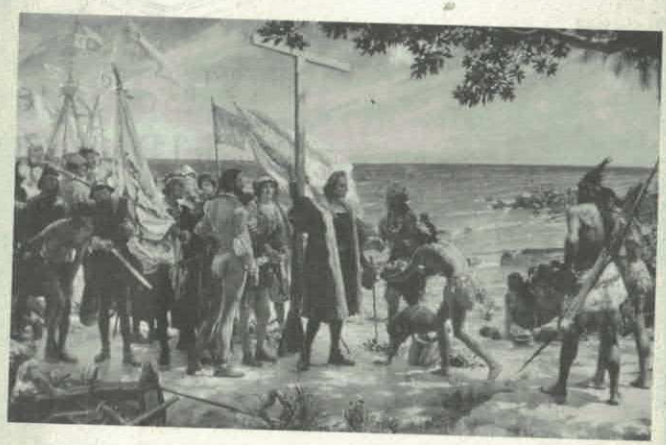
¡por suerte!,

el día y mi futuro se recomponen,

cri... cri... CRI... CRI...

porque es mi celular con su memoria intacta el que acaba de renacer de entre sus arroces.

IV. 12 de octubre Día del Respeto a la Diversidad Cultural



Los primeros homenajes del nuevo mundo a Colón, de José Santiago Garnelo y Alda.

Por esta obra el pintor español recibió, en el año 1892, la primera medalla de la Exposición Internacional de Bellas Artes de Chicago, organizada para conmemorar el cuarto centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América.

Diario de octubre

Oche Califa

Durante su viaje, iniciado el 3 de agosto de 1492, Cristóbal Colón anotó las novedades que surgían todos los días. Ese Diario se conoce por una transcripción que del mismo hizo Fray Bartolomé de las Casas. Estos versos de los doce días de octubre, hasta la llegada a América, relatan lo que dice el Diario, y las palabras entre comillas figuran en él. En esos días aparecen las expectativas de que hallarán tierra, pero también las dudas de Colón y las protestas de la tripulación.

Según dice la leyenda
y también un diario viejo,
Cristóbal salió parejo
buscando con fe la senda.

Y así...

El día **1** de octubre
un "aguacero" se larga
y la gente, cara amarga,
protesta, sufre y se cubre.

"La mar llana" del día **2**,
y unos pastitos flotando,
cierto optimismo van dando
y el jefe templa la voz.

En el día **3** explica
que una "carta" que él posee
(y con ojo fuerte lee)
lo orienta bien y lo ubica.

"Alcatraces" y "pardelas"
y una del tipo "gaviota"
acompañan la derrota
del **4**, hinchando las velas.

Señal buena del día **5**:
unos "peces golondrinas".
Colón sueña y se imagina
y su esperanza da un brinco.

Pero el **6** duda su seso,
porque es muy ancho el "Oueste"
y con el contramaestre
discuten por el acceso.

El día **7**, allá en la *Niña*,
"delante por ser velera",
una mano hace bandera
en señal de arrebatiña.

No era tierra. La han pifiado.
Pero "muy dulces" los vientos
el **8** le dan aliento
al avance denodado.

En la noche del día **9**
los "pájaros" van y vienen.
Es el dato que más tienen
sobre un mar de oleaje leve.

El día **10** hay protesta
porque ya es un "largo viaje".
Pero Colón, con su traje,
los anima y amonesta.

Hoy es **11** y es seguro
que Colón ha visto "lumbre".
Pero es mala la costumbre
de gritar tierra de apuro.

¡Pero el **12** al fin se grita!
Sí, por cierto, es una "isleta".
Será poquita y discreta,
pero tierra que se habita.

¿A las "Indias" ha llegado?
¿O resulta el Paraíso?
¿Sabe Colón lo que hizo?
(Parece desorientado).

Y entonces...

Este mundo no esperaba,
ni lo esperaban a él.
Y lo que dice el papel
como importante se acaba,

porque Colón desconoce
la puerta que él mismo abrió,
y que crucial resultó
a partir del día 12.

¡Ahora el mundo es mundial!
Lo será con mil problemas.
Digamos que es otro tema,
aunque por siglos fatal.

Y sin embargo...

Cambió la historia europea,
cambió el rumbo americano.
Es la historia de lo humano...
¡y quien quiera ver que vea!

El mismo día 12 Colón encontró nativos en la isla, que se llamaba Guanahani —y estaba situada en el archipiélago de las Bahamas—. Entonces creyó haber arribado a costas asiáticas —por eso las llamó "Indias"—, y preguntó por el emperador mongol Gran Kan. Se dice, incluso, que también pensó haber encontrado el Paraíso que menciona la Biblia. Tras regresar a España, hizo otros tres viajes de exploración por islas y tierra firme americana, pero murió sin saber que se trataba de un continente distinto.

V. 20 de noviembre
Día de la Soberanía

El General 1º ¡*Viva la Confederación Argentina!*
Edecán de S.E. ¡*Mueran los Salvages Unitarios!*

Santos Lugares de Rosas, Julio 23 de 1845

Al Juez de Paz de San Nicolás de los Arroyos

El infrascripto ha recibido órden del Excmo. Sr. Gobernador y Capitán Gral. De la Prov. Brigadier Don Juan Manuel de Rosas, para decir a Ud. que necesitándose en el Egército Trompas Tambores y Pitos recomienda a Ud. le remita a este Cuartel General para el efecto un muchacho aparente, que en el reparto le ha cabido a ese partido, debiendo ser de 10 años hasta 16 y no pertenecer a padres que se hallen sirviendo en las filas del Egército ó en las Divisiones correspondientes del mismo, por que respecto de estos, no es justo quitarles a las madres un hijo, cuando sus maridos están rindiendo un servicio importante en defensa de la Santa Causa de nuestra Libertad y Honor.
Por ausencia del Señor Gral. 1º y por orden y autorización de S.E.

Antonio Reyes

Se respetó la ortografía del documento original.

Volver de Obligado

Paula Bombara

1. Esteban

La última noche que pasó en familia tuvo el inolvidable sabor del guiso de carne que preparaba su madre. No era un plato de fiesta pero a él le gustaba y ella lo sabía. Su madre sí sabía.

Era chico pero no se notaba: trabajaba al ritmo de un hombre en el campo del patrón. Los músculos le apretaban los huesos, en los dedos sentía el ardor que provoca el roce continuo con la madera. Era chico pero era el mayor de cuatro hermanos.

Empezó a trabajar en el campo cuando su padre fue a combatir con las fuerzas de Rosas tres años antes. Y siguió cuando el patrón trajo a su padre de vuelta, con una pierna menos y los oídos

dueños de un eterno zumbido que lo hacía maldecir. Fuera de noche o de día había que gritarle para vencer su sordera. Él todo lo decía a voz en cuello. Pero a veces elegía callar. Y era cuando callaba que Esteban lo miraba con intensidad. El padre era más grande en su silencio.

Esa noche, entre bocado y bocado, se adivinaba que el padre tenía algo que contar. Cuando la madre retiró los platos y mandó a dormir a los hijos, él carraspeó el nombre del más grande. Luego acomodó el cuerpo en la silla para decirle a Esteban que esa mañana el patrón Santiago lo había llamado para ir a lo del juez de Paz. Que el juez le había entregado una carta. Una carta del edecán del gobernador. Que antes de entregársela al patrón se la había leído y que hacía tanto frío que al hombre le castañeteaban los dientes. Que la carta pedía un muchacho para el cuartel. Que el muchacho elegido era Esteban. Y que debía sentirse orgulloso.

Cuando mi padre terminó de hablar sentí en el pecho la urgencia de partir. Y el miedo de perder una pierna, como él. Miedo a morir. Pedí la carta para ver las letras. No sabía leer. Tampoco escribir. Pero tenía las manos listas para el cuartel. Sentí que se me abría

el cielo. Ese que apenas existe cuando la mirada está fija en arar la tierra.

Con los dientes cerrados le dije a mi madre que guardara sus lágrimas para los difuntos, que yo iba a volver entero. A los dos les dije que iba a volver. Me sentía henchido de un coraje que hasta ese momento no sabía que tenía. Me sentía hijo de mi padre, también.

A la mañana siguiente fui a ver al juez de Paz con mi patrón. En el camino el patrón me dijo que no iba como soldado sino para tocar en la banda. Me lo dijo para alejar el miedo pero lo que provocó en mí fue desilusión. ¡Yo quería pelear! Cuando llegamos ya estaba dispuesta la yegua. Don Santiago me entregó las instrucciones. Llegué a Santos Lugares esa misma tarde.

Santos Lugares parecía una ciudad pequeña, agitada por la afluencia de milicias de distintos partidos de la zona. Se notaba que la novedad y la agitación sobrepasaban largamente la paciencia de los pobladores. Pero eran tiempos de batallas, no de contemplaciones. Dos soldados de la tropa llevaron a Esteban a la barraca donde dormían los muchachos de su edad. Le dijeron que había poco tiempo pero que aprendería ahí los compases de la Generala, de la Marcha, de la Llamada.

También le enseñarían sus tareas para los días de combate. Esteban no hablaba. Pocos hablaban en ese lugar. Por eso, Martiniano se destacaba enseguida.

Me preguntó qué instrumento quería tocar. Respondí con un movimiento de hombros. Todos me daban igual. Me ofreció un tambor, oscuro de uso, y un par de baquetas gastadas, iguales a las de él. Así empezó nuestra amistad.

Martiniano era el único que se atrevía a hablar de paz. El único que provocaba a los demás hablando de la pérdida de vidas que entrañaba toda guerra. También, con sus quince años, era el mayor del grupo. Sus padres lo querían militar. Pero él no creía en esas causas. ¿Estado soberano? ¿Patria? ¿Una suerte única para todos? Lo que él soñaba era tener libertad para elegir qué clase de hombre quería ser.

Esteban lo observaba. En las manos no tenía durezas. Tampoco había recuerdos de hambre en su estómago. Ni se le veían cicatrices. Pero los dos tenían dolor en las mandíbulas, de tanto apretarlas. Y en los hombros, y en los brazos, de tanto tocar el tambor.

El niño de campo era más pequeño de edad, pero la vida dura de peón rural le había encallecido

el cuerpo y madurado el corazón. En el tiempo libre discutían hasta que los sueños de ambos, en apariencia opuestos, se acercaban tanto como el pulgar al dedo mayor cuando un puño se cierra. Compartieron anécdotas de sus vidas; espiaban a los soldados mayores, practicaban con sus tambores, se escondían en la cocina, robaban pan durante las siestas. Así, la falta de familia no se les hizo tan amarga.

"La sensación de libertad se conquista hora a hora", me dijo una tarde. "La tuya, la mía y también la de todos. Y no solo aquí: en todas partes". Yo estaba ansioso por brillar en la batalla. En cuanto pudiera me desharía de mi tambor para acercarme al general Lucio Mansilla. Era el elegido de Rosas para defendernos. Los relatos de batalla de mi padre habían cultivado mi patriotismo y yo soñaba con ser un gran soldado. Mansilla me inspiraba, quería que me viera pelear. Martiniano, en cambio, vivía concentrado en sus pensamientos. No le importaban ni las batallas ni los generales. Él admiraba a los filósofos, a los hombres de ciencias. Escribía hojas y hojas que yo no podía entender. Al advertir mi ignorancia, se ofreció a enseñarme. Yo me negué. No estaba ahí para eso.

A los pocos meses de estar en Santos Lugares los días de cuartel se transformaron en días de preparativos. Y pronto los preparativos fueron explicados y los jóvenes se enteraron de que harían campamento a orillas del Paraná, en ese recodo que llaman Vuelta de Obligado. Hacia allí se dirigieron haciendo sonar sus tambores para uniformar la marcha de las milicias.

Cuando llegaron vieron con ojos redondos la actividad febril de los mayores. Todo sucedía al mismo tiempo. Hombres que manejaban barcos, que movían cadenas, que nadaban. Pájaros que huían, soldados que preparaban trincheras, que alistaban cañones, que conversaban nerviosos. También vieron que el horizonte recortaba siluetas de barcos de bandera extranjera. Intentaron contar los buques pero siempre había uno más. Vieron con sus propios ojos la supremacía de esas banderas enemigas, sobre la que los jefes les habían hablado durante semanas sin darle otra forma que la de un gigante hecho de mar y viento.

Martiniano me dijo ese día, cuando los vimos por vez primera, que no teníamos posibilidades. Pero yo le contesté que mi general quería tanto la libertad como él. Que este río es mío y también de él. Y que no está aquí para que ellos lo naveguen. Mi amigo

levantó los hombros. "Las aguas de un río nunca son las mismas, Esteban. Nadie es dueño de ese devenir y nadie debería perder la vida por él". Me enojó su soberbia, ¿acaso creía que conquistaríamos nuestra libertad con pensamientos y nada más? ¿Acaso pararía las balas extranjeras con sus escritos? No aparté mi vista de los barcos.

En el suceder de las horas vieron cómo enlazaban barcas con cadenas gruesas para que fueran un todo del que solo se distinguieran unas partes. Incluso a algunas barcas les escondieron dentro poderosos explosivos. Un soldado con alma de maestro les explicó la estrategia de dificultar el paso de los buques por el río, les señaló a un grupo de soldados que hundían piedras para que el cauce perdiera profundidad. Vieron hombres que escapaban diciendo que esa era una lucha ajena. Y también mujeres que se acercaban para ayudar a sus maridos y se quedaban. Al atardecer ensayaron melodías con sus compañeros y serenaron sus temores contando leyendas por todos conocidas. Eran apenas un grupo de muchachos y sabían que los sonidos de sus tambores abrirían la batalla, orientarían la boca de los cañones, desatarían una humareda.

Martiniano hablaba y hablaba. De comercio, de la aduana, de los extranjeros. De los unitarios, de los federales, de los que eran ambas cosas o ninguna. Repetía que en las batallas todas son pérdidas. Y argumentaba citando a pensadores europeos. A Esteban tanto palabrerío lo embarullaba e intentaba no escucharlo. Sabía que Martiniano tenía miedo y que hablaba para no sentirlo. Como fuera, él estaba ante una oportunidad ahora: la de ser un soldado y no volver a trabajar la tierra del patrón. No iba a desperdiciarla.

Una noche escucharon susurros. Algunos miraban entre las sombras movimientos en el río. Martiniano codeó a Esteban y se fue. Esteban lo siguió. Flacos y escurridizos como eran, fácilmente se acercaron al Paraná y vieron que dos extranjeros revisaban las barcas encadenadas.

Supimos que faltaba poco.

Siguieron dos días de cañonazos aislados, de humo ascendiendo de los buques de vapor, de alistamiento de balas y cañones, de soldados vomitando por los nervios. Hasta que la mañana del 20 de noviembre vieron cómo once buques enemigos

se desprendían del horizonte para avanzar hacia ellos. Con apuro se alistaron y se pusieron al frente. Debían tocar con toda la fuerza que tenían.

Esteban respiró profundo ese aire, la emoción navegaba tumultuosa por su pecho al escuchar a los Patricios de Buenos Aires tocar los compases del himno nacional. Las baquetas se le resbalaban de las manos por el sudor, los sonidos le salían sucios pero vibraban igual. Se le encendieron los ojos al ver que su admirado general Mansilla, desde su montura, se disponía a arengarlos. Mientras el himno aún sonaba, la voz de Mansilla retumbó en el corazón de todos. Viéndolo desde abajo, con los buques ingleses por detrás, aún pequeños y lejanos, el general les pareció inmenso:

"¡Vedlos, camaradas, allí los tenéis! Considerad el tamaño del insulto que vienen haciendo a la soberanía de nuestra patria, al navegar las aguas de un río que corre por el territorio de nuestra República, sin más título que la fuerza con que se creen poderosos. ¡Pero se engañan esos miserables, aquí no lo serán! Tremole el pabellón azul y blanco y muramos todos antes que verlo bajar de donde flamea".

Esteban gritó el "¡viva la patria!" desde lo más profundo de su corazón. También escuchó gritar así a muchos más. Era real: esa batalla para él significaba algo más cercano que la soberanía sobre las aguas de un río. Le abría un camino que, de tomarlo, lo llevaría a decidir sobre su propio destino.

Las baterías acodadas en Vuelta de Obligado comenzaron a disparar y los enemigos respondieron. En los pulmones de los jóvenes ya no entró aire sino humo, que también les irritó la vista. Los sonidos de las descargas y de los impactos les taparon los oídos. Cada soldado de la tropa, sin importar la edad ni la habilidad, se ocupó de lo que le habían encomendado. Un muchacho a cargo de una trompa no hacía más que llorar de dolor porque una esquirla de bala le había herido la pierna. Esteban vio cómo Martiniano le hizo un vendaje con la facilidad de un experto. El médico también lo vio, lo felicitó y le pidió ayuda para mover heridos y muertos. Para buscar vendas. Agua caliente. Su amigo se iluminó y Esteban sonrió un instante antes de volver a sus asuntos: tenía que encontrar el modo de acercarse a Mansilla.

2. Martiniano

Ese día se escucharon cañonazos muchas horas, hasta que se supo que nuestras balas se habían acabado. Las baterías comenzaron a retroceder y también llegó el rumor de que los enemigos habían desembarcado. Se enfrentarían en tierra, cuerpo a cuerpo.

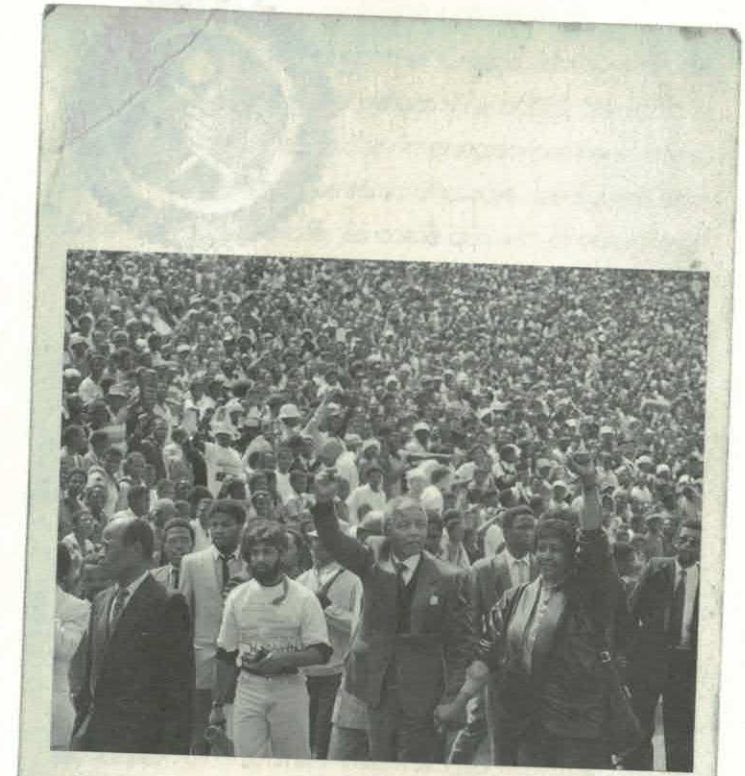
Con un sonido llamaron a nuestra milicia. Cuando me sumé al grupo me di cuenta enseguida de que faltaba Esteban. ¿Dónde estaba? ¿Por qué desoía el llamado? Yo sabía que buscaba una oportunidad de ser visto por los oficiales, que ser parte de las baterías de soldados era lo que más deseaba. Para mí, ayudar al médico había sido una bendición. Socorriendo los cuerpos ensangrentados me había dado cuenta de que a través de las ciencias también podía aportar algo bueno. Cerrar heridas era sembrar nuevos ánimos en los hombres y en los niños. Era darles nuevos bríos para vivir. Otra oportunidad. Seguro que mis padres me lo permitirían. Siendo médico daría prestigio a mi familia. Y lo más importante: podría seguir estudiando y escribiendo sin que nadie se atreviera a juzgarme.

Esteban llegó a los dos días. Ileso y caminando al lado de soldados con más de una batalla en sus espaldas. Cuando me vio me sonrió; se acercó tro-

tando. Me dijo que el coronel Crespo, el segundo de Mansilla, lo había visto pelear y lo había alentado a seguirlo. Que no le habían importado sus trece años, que le había dicho que tenía el coraje de alguien diez años mayor. Lo felicité. Le conté que era el nuevo ayudante del médico. Me miró con admiración. Tendió la mano y mientras nos dábamos un apretón dijo, exaltado por estar viviendo su sueño: "Escucharé sobre ti, Martiniano. Y escucharás sobre mí. Lucharemos hasta que ya nadie pretenda decirnos qué hacer. ¡Por la patria! Y por nosotros".

Lo miré irse mientras pensaba que, aunque de un modo que yo no compartía, Esteban había conquistado su libertad. Y sonreí imaginando el momento en que abriría la puerta de su casa, mucho más alto y de uniforme, para saborear una vez más el guiso de su madre.

VI. 10 de diciembre Día Internacional de los Derechos Humanos



Nelson Mandela y Winnie Mandela en el estadio Soccer City, cercano a Soweto, Sudáfrica, en febrero de 1990.

El color de las lágrimas

FRANCO VACCARINI

RECUERDO EL día que mamá llegó a casa, después de otra jornada en lo de la señora Coetzee, con dos tazas de porcelana que tenían el asa rota.

—Mira, hijito, la señora Coetzee me ha dado estas tazas de porcelana. ¿No son una maravilla? Ahora tomaremos té como los ricos.

Me pellizcó un cachete y continuó diciendo:

—Tú eres mi chico rico, rico; ahí viene el monstruo y se comerá a este chico rico...

Mamá siempre estaba de buen humor, y era dulce. Extremadamente dulce. Las cosas que le dolían le producían una especie de nube en los ojos, como cuando recordaba a papá. Pero enseguida se recuperaba y la sonrisa estaba otra vez allí.

La señora Coetzee también era viuda. Su marido, el señor Coetzee, había sido un comerciante adinerado y había muerto a causa de una enfermedad lenta, que lo fue carcomiendo poco a poco. El último año ya no podía ir a su despacho y se lo pasaba en la casa. Era un hombre bueno, decía mamá, aunque tenía su carácter. Los dolores de su cuerpo se lo habían acentuado y ella aseguraba que era como tener un perro salvaje sin colmillos en cama: se lo pasaba ladrando y gruñendo, pero por lo demás, era todo lo que hacía.

Una tardecita, luego de un día especialmente fatigoso, mamá se sirvió té en una taza de porcelana. Estaba frío, y ella muerta de sed. El señor Coetzee justo andaba de ronda, con su bata y sus pantuflas, cuando le hizo notar su terrible falta: ella podía tomar té, por supuesto, toda vez que lo quisiera. Pero debía servírselo en las tazas de latón destinadas a la servidumbre.

Mamá contaba esta anécdota entre risas, imitando la voz grave del señor. Incluso vio cómo la señora Coetzee se ruborizó ante las palabras de su esposo, pero suspiró y no dijo nada. Mamá era por entonces muy joven, hacía poco que estaba asistiendo a los Coetzee y no conocía ciertas reglas de la etiqueta.

—Es que a veces me olvido de que soy una negra en casa de blancos.

Mi infancia fue como la de todos los chicos del gueto, que había sido construido para alojar a la población negra y separarla de los blancos. Recuerdo ocasiones de felicidad, como jugar al fútbol o faltar a la escuela. Bueno, por entonces no me gustaba ir a la escuela, pero eso fue cambiando con el tiempo. Ahora, gracias a Madiba, disfruto de la lectura, aunque no me sirva para nada práctico. Antes pensaba que solo debía estudiar cosas que luego pudiera hacer con las manos, como arreglar un motor. Pero Madiba me insistió con que debía adquirir todo tipo de conocimientos sin importar su utilidad. "Tienes una cabeza muy bien amueblada, una hermosa cabeza. Debes habitarla, en honor a tu madre, que ha trabajado tanto para que tú fueras este hombre grande y fuerte que eres hoy", me decía con su mirada escrutadora, pero amable.

Un día sucedió algo extraordinario: mi madre me llevó a la casa de la señora Coetzee. Creo —los recuerdos son confusos— que ella quería conocerme. O quizá la vecina no podía cuidarme ese día —mamá nunca aceptó que me quedara solo—. Tomamos un

colectivo ruidoso en el que debimos viajar de pie, apretados un pasajero contra otro hasta el punto de que temí morir asfixiado. Al descender caminamos por calles de casas elegantes, de grandes fachadas blancas y jardines con flores y plantas; eran maravillosas, como palacios. No podía creer que existieran lugares así. Mi barrio era oscuro incluso en los días de sol más luminosos, porque las casas estaban como los pasajeros del colectivo: apretadas unas contra otras. No teníamos jardines ni luz eléctrica, y las construcciones eran de chapas del color del acero hasta que se oxidaban y se volvían rojizas.

La señora Coetzee era esbelta, rubia y de ojos como un lago. Me dio un beso en la mejilla, me abrazó y luego, mirando a mi madre, dijo:

—Pero qué hermoso es tu hijo, Thami.

Mi madre ya me había dicho que debía portarme bien, así que me quedé parado y en silencio. La señora me ofreció ir al parque. Allí había juegos: toboganes, hamacas, pelotas de fútbol diseminadas por el pasto y varias bicicletas contra una pared, bajo la galería.

Nunca me había subido a una bicicleta y le pedí permiso a la señora Coetzee para usar una.

—¿Te gustan mucho? Mira, puedes llevarte esta a tu casa. Ya es muy pequeña para Roland. Prueba

apoyando tu mano sobre el muro y moviéndote, hasta que puedas mantener el equilibrio.

Pocas veces en mi vida sentí una emoción tan grande. La sentí, sí: cuando Madiba salió de la cárcel. Y también cuando lo elegimos presidente, cinco años después. Debería señalar una tercera vez: cuando fui seleccionado para trabajar en su círculo más cercano. Aunque se trata de un trabajo tan arduo que vivo inquieto.

Pasé gran parte de aquel día dándome un porrazo tras otro hasta que al fin pude mantener el equilibrio sobre las dos ruedas. La felicidad duró hasta que el niño Coetzee llegó de la escuela. Era rubio y pálido, y tenía los ojos azules de su madre. Lo primero que noté fue que me señaló con un dedo e hizo un gesto de disgusto, mientras su madre parecía explicarle quién era yo. Lo vi fruncir la nariz, como si hubiera olido algo feo. Yo seguí dando vueltas con la bicicleta, sobre el pasto, pero me debí haber puesto nervioso porque toqué los frenos y las ruedas se bloquearon: por poco no me di un golpe. El niño se rio.

La señora Coetzee se fue de la galería hacia el interior de la casa. El niño, que era algo mayor que yo y bastante más alto, tomó otra bicicleta y se puso a dar vueltas, eligiendo un camino de tierra apisonada.

Me dijo algo, no entendí sus palabras, pero sí comprendí que debía andar por el camino y no por encima del pasto. Le hice caso. Seguramente yo estaba infringiendo alguna regla, aunque la señora Coetzee, generosa, había decidido pasar por alto mi falta. El niño Roland, en cambio, no.

Recuerdo que en un momento sonrió, pero no era una sonrisa dirigida a mí sino a él mismo, a algún pensamiento que se le había ocurrido. Entonces dio media vuelta, tomó mucha velocidad y encaró directamente hacia mi posición. Yo acababa de aprender a andar, así que mi marcha era lenta y algo inestable.

No sé cómo fue que me rozó, pero bastó un toque para que mi bicicleta se desbalanceara y yo, con ella, me derrumbara sobre el camino.

De inmediato, mientras intentaba recuperarme del golpe y más aún de la sorpresa por el choque premeditado, oí que me decía:

—¿Qué hiciste, negro? ¿Por qué me chocaste?

Me duele recordarlo, pero entonces lloré, no por el golpe, sino por la humillación y el temor que me despertaba aquel niño blanco. A los gritos llamó a su madre y pude oír cómo me acusaba de haberlo atropellado solo por gusto. A mí me salía algo de sangre por un raspón en la rodilla. Escuché a mi madre

disculpándose. La señora Coetzee le creyó a su hijo y dijo que yo no era merecedor del obsequio, así que no me llevaría la bicicleta. Sentí que me clavaban algo puntiagudo justo en el medio del corazón. Mamá me pasó alcohol por la rodilla: me provocó un susto tremendo porque creí que mi carne y mis huesos se quemarían. En casa no había alcohol y los pequeños cortes se solucionaban con un poco de agua en la herida. Una vez me lastimé con un vidrio y mamá me llevó a un centro asistencial, pero tampoco había alcohol, aunque sí agua oxigenada.

Nunca volví a la casa de la señora Coetzee.

Casi un año después, mi madre llegó un día alegre como nunca: había venido con la bicicleta en el colectivo. La señora Coetzee se había apiadado de mí y me la enviaba de regalo. Pero pese a mi alegría inicial la desilusión fue enorme: yo había dado un estirón y la bicicleta ya me resultaba demasiado pequeña.

Ha pasado el tiempo. Mamá no trabaja más en lo de la señora Coetzee: es ahora una venerable anciana y puedo ocuparme de que no le falte nada. Por cierto, crecí mucho, tanto que soy uno de los guardaespaldas de Nelson Mandela. O Madiba, como preferimos decirle. Es una tarea de inmensa

responsabilidad, porque a él le encanta mezclarse entre la gente y debemos estar todo el tiempo alertas a que algún loco o asesino quiera inmortalizarse haciéndole daño.

Un día, cuando terminó mi turno, salí de la casa de gobierno y caminé por gusto unas cuadras. Fue entonces que ocurrió: a un hombre muy alto y rubio se le cayó el maletín al bajarse de un automóvil de lujo. Instintivamente me agaché, lo tomé y se lo di. El hombre me agradeció el gesto y hablamos un momento. Luego, me dejó su tarjeta personal y se fue.

Cuando miré su nombre, quedé helado: Roland Coetzee.

Una leyenda en letra más pequeña decía: *Importador de bicicletas.*

Así fue cómo se agolparon aquellos recuerdos, y sobre todo, la extraordinaria jornada que había pasado en la casa de la señora Coetzee y la triste despedida, volviendo en el colectivo abarrotado de pasajeros con mi madre intentando contener mi llanto. Yo le juraba entre hipos que el niño había sido el agresor y ella, con los ojos nublados, me dijo, con una voz muy queda pero firme:

—Más temprano que tarde, las cosas estarán en su lugar.

Esa noche evoqué a ese chico desconsolado que fui, la inolvidable jornada en que por primera vez un niño blanco me había hecho sentir el peso de haber nacido negro en un país dominado por los *afrikáners*, es decir, los blancos, en pleno *apartheid*, un modo de gobierno que consideraba inferiores a los negros y que los hacía vivir en barrios separados, sin derecho a votar ni a tener hospitales que no fueran miserables, donde los enfermos se morían a veces sin siquiera ser medicados. Sentí el viejo dolor que salía de su letargo, el vago recuerdo de mi padre abrazándome antes de ir a la manifestación en la que la bala de un policía blanco y rubio lo dejaría tendido, inmóvil para siempre. Volvió a ocupar mi memoria el rezo de todas las madres desesperadas porque sus hijos no habían llegado esa noche a casa, porque no llegarían tampoco durante la mañana ni la tarde.

Tenía la tarjeta del niño-hombre blanco, un teléfono, una dirección. Sabía cómo ubicarlo. Y ahora yo ya no era el mismo: era el guardaespaldas del primer presidente negro de mi país.

Podía ir por él.

Esa noche no dormí.

Al día siguiente entré al despacho de Madiba; su amplio despacho presidencial, treinta veces más

grande que la celda donde pasó tantos años, en la isla Robben. Con esa majestad natural y sencilla que encantaba a todo el mundo, me miró a los ojos y afirmó:

—Hoy te pasa algo, Aubrey.

Le conté la historia lo más brevemente que pude. Él tenía tantas cosas que hacer... pero me hizo sentir que estaba ahí solo para escucharme.

En cuanto le hablé del odio, del mío, su sonrisa de anciano sabio se borró. Con seriedad, me preguntó:

—¿Sabes quién es Percy Yutar?

El nombre me sonaba, pero estaba algo aturdido.

—En realidad, ahora no lo recuerdo.

—Fue el abogado de los acusadores cuando fui condenado a cadena perpetua. Lo que quiero contarte es que Percy Yutar no se conformaba con que me privaran de mi libertad para siempre. Él quería más. ¿Sabes qué más quería?

—No.

—Que me sentenciaran a muerte.

Lo miré con sorpresa y sentí crecer dentro de mí la furia hacia ese tal Percy. Sin embargo, me sorprendieron aún más las nuevas palabras de Madiba.

—¿Y sabes qué hice yo?

—No.

—Lo invité a comer. No fue hace tanto tiempo, habrá sido uno o dos años atrás. Percy llegó muy acongojado, así que lo disculpé frente a todos: él solo había cumplido con su deber como fiscal del Estado.

Me quedé analizando sus palabras. Ese gris funcionario racista podría haber hecho que mataran al hombre más importante del mundo, a nuestro presidente, el buen rey que llevamos en el corazón. Porque eso es para nosotros Madiba: un rey sabio. Ahora, los blancos lo aman como nosotros. Y no solo en Sudáfrica, en el mundo entero.

Y allí estaban los ojos de Madiba. Él sabía por qué perdonaba. Él sabía lo que era mejor para esta nación hecha de ciudadanos negros y blancos. Su mensaje no dicho estaba claro para mí.

Si yo pude perdonar al hombre que quería verme colgado... ¿cómo tú no harías lo mismo con ese chico?

—Ve a verlo y estréchale la mano. Vamos.

Era la temprana mañana de un domingo cuando llamé por teléfono a Roland.

—Soy el hombre que recogió su maletín en la calle, quería decirle algo, disculpe que lo llame un domingo pero es mi único día libre.

—¿De qué trabaja?

—Soy guardaespaldas del presidente.

—¿Es verdad eso? ¡Por Dios, será un honor verlo hoy mismo, estaré toda la tarde en Soweto!

Escuché con asombro cómo me daba una dirección del gueto. ¿Qué estaba pasando?

—¿Y qué va a hacer en Soweto?

—Oh, es una larga historia. Importo bicicletas y una vez por mes me acerco allí para regalar algunas. Organizo juegos, sorteos. Usted sabe, nada me alegra más que ver la sonrisa de los chicos con su primera bicicleta... ¿Me escucha? ¿Sigue allí, hombre?

—Sí, sí... ¿Hace mucho que hace eso, Roland?

—Bueno, debo decirle que... me inspiró nuestro presidente. Yo... en fin, alguna vez me equivoqué, cuando era chico y...

—Espere, espere, Roland. Mejor me lo dice personalmente. Creo que también tengo una historia para contarle.

Ese día fui a Soweto y vi a Roland disfrazado de payaso, haciendo trucos y bromas. Escuché las risas asombradas de los niños y la alegría de los que recibieron sus bicicletas.

Me acerqué cuando terminó la función y le dije quién era. Roland, impactado, abrió apenas la

boca y luego los brazos. Las lágrimas de él y las mías eran transparentes como el agua. Estaban hechas de piedad y respeto, de perdón y alegría. Todo lo que necesitábamos para hacer un país como el que soñó Madiba durante los veintisiete años que pasó en la cárcel: un país de iguales.

Biografías de los autores

Sergio Olguín nació en Buenos Aires en 1967. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Trabaja en periodismo desde 1984. Publicó varias novelas para adultos como *Lanús* y *La fragilidad de los cuerpos*. Entre sus novelas para chicos, *Cómo cocinar un plato volador* fue galardonada con el White Ravens 2013; y en la colección Zona Libre (Norma) publicó *El equipo de los sueños* y *Springfield*, ambas protagonizadas por los mismos personajes.

Graciela Bialet nació y vive en Córdoba. Estudió Comunicación Social y Educación, y es especialista en Lectura y Literatura infantil y juvenil. Publicó varios libros para niños y jóvenes, entre los que cabe citar *Un cuento ¡grrr!*, *El que nada no se ahoga*, *Hada desencantada*, *Los sapos de la memoria* y, en la colección Zona Libre (Norma), las novelas *El jamón del sánguche* y *Si tu signo es cáncer*.

Liliana Cinetto nació en Buenos Aires y es profesora de Letras, escritora y narradora. Tiene publicados más de cien libros para chicos, entre ellos *Feroz... ¡feroz!*, *Por esta*

ventana y otros poemas, *Cuentos cortitos para leer en un ratito* y *Cuentos locos para leer poco a poco*. Su obra —reconocida en Latinoamérica y España— ha recibido importantes premios, como el "Alfonso Grosso" de Sevilla por *La vida es cuento*, su primer libro para adultos.

Oche Califa nació en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires, en 1955. Es escritor, periodista, editor y, desde 2015, director institucional y cultural de la Fundación El Libro. Dirigió la revista semanal *La Nación de los Chicos*. Algunos de sus libros para niños y jóvenes son *Para escuchar a la tortuga que sueña*, *Solo sé que es ensalada*, *Diario de un escritor*, *Monstruario sentimental*, *Un bandoneón vivo* (Destacado de Alija 2003) y *El libro mítico de los porqués*.

Paula Bombara nació en Bahía Blanca en 1972. Además de escribir y publicar novelas y cuentos, dirige una colección de divulgación científica para primeros lectores en Eudeba. En Norma ha publicado *Eleodoro* (colección Torre de Papel Roja), *La cuarta pata* (colección Torre de Papel Amarilla), y las novelas *El mar y*

la serpiente, *Solo tres segundos* y *La chica pájaro* (colección Zona Libre).

FRANCO VACCARINI nació en Lincoln, provincia de Buenos Aires, en 1963. Ha colaborado esporádicamente como periodista para medios como *El Porteño*, *Clarín* y *Página/12*. Fue subdirector de la revista literaria *Mil Mamuts*. Al presente publicó más de setenta títulos para niños y jóvenes. En Norma, publicó las novelas *Algo que domina el mundo* (colección Zona Libre) y *Fiebre amarilla* (colección Narrativa Histórica). Entre otros reconocimientos, ha recibido el premio "El Barco de Vapor" por su novela infantil *La noche del meteorito*. Dirige la colección Galerna Infantil, de editorial Galerna.

EN EL primer tomo de *La historia se hace ficción*, reconocidos escritores abordan las siguientes efemérides:

- **24 de marzo** – Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia
- **2 de abril** – Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas
- **19 de abril** – Día de la Convivencia en la Diversidad Cultural
- **25 de mayo** – Día de la Revolución de Mayo
- **20 de junio** – Día de la Bandera (Paso a la inmortalidad del general Manuel Belgrano)
- **9 de julio** – Día de la Independencia argentina

Esta obra se terminó de imprimir en junio de 2016,
en los talleres de FP Compañía Impresora,
Beruti 1560, Florida, Buenos Aires, Argentina.